

Sentéme á su lado y miré á través de la ventana. Allá, entre las faldas de las montañas azules, blanqueaban caseríos como nidadas fresquitas. Por la calle, camino de la ciudad, pasaban grupos de campesinos, porque era día de mercado. Las mujeres con sus canastas llenas de verduras ó frutas en la cabeza y en las manos ramos de claveles, azucenas y varitas de San José. Llevaban las faldas recogidas y se veía entre el fango de la carretera blanquear castamente la desnudez de sus piernas y de sus pies. Algunas esbeltas jóvenes se habían cruzado el rebozo sobre el pecho y con los brazos arqueados con gracia descansando en las caderas, pasaban cimbreadoras, balanceando los canastos que llevaban en la cabeza, donde agitaban sus campanillas de marfil las flores del itabo. Se alejaban charladoras y rientes como agua entre piedras.

Los chiquillos desfilaban con jaulas hechas de cañitas que encerraban inquietos pájaros: yigüirros de plumaje humilde, jilgueros de vestido azulado y piquito amarillo, mosotillos diminutos y caciques con su traje vistoso negro y rojo.

Los hombres caminaban gravemente con las alforjas al hombro.

¡Cuánto movimiento, cuánta vida había en la calle!

En el seto de enfrente, como copas volcadas de alabastro, florecían las reinas de la noche; á su lado, las hojas rojas de las pastoras eran explosiones de sangre.

En el potrero cercano, los terneros daban saltos locos alrededor de las madres que los miraban con sus ojos húmedos y dulces.

Había una pareja de comemaíces brincando entre las ramas de un jazmín del cabo que crecía junto á la ventana.

Pilarcilla volvió á mí su rostro enflaquecido y dijo:

¡Dichosas esas gentes, dichosas esas flores y esos animales! Vea esos comemaíces, están haciendo su nido en el cafetal de enfrente, los he visto atreados...

Nunca la había oído hablar con tanto calor. En su voz había un dejo de protesta.

Notó mi extrañeza. Se incorporó y me miró con sus ojos que no estaban apagados por la mansedumbre de siempre, sino que brillaban con una luz débil que parecía venir de muy lejos.

—Hasta los animales se alegran, se aman, sólo yo no me alegro ni tengo quien me ame. Usted no sabe lo que es esto porque ha sentido lo que es cariño, yo no. Usted es muy joven, tiene muchos años al frente y sabrá lo que es amor, sí, lo sabrá... y entonces, cuando se sienta querida, recuérdeme. Pronto cumpliré 30 años, pronto moriré...; piense en mi vida triste en la que nunca nadie me ha dicho una palabra cariñosa. No proteste, continuó deteniéndome con un ademán, usted me dirá que me quiere, pero si así es, en su cariño lo que hay es lástima; me ve enferma, ya vieja! No es verdad que yo soy el último de sus afectos? Cómo será saber que se es lo más querido de otro ser? Es triste, es triste!

Calló, pero sus ojos continuaron hablando, lo que su voz no dijo:

Moriré pronto y mi corazón se hará polvo, sin haber sido más que capullo, porque el sol del amor no lo besó jamás para que se abriera en flor. He pasado por la vida como por un país de hielo, desierto, desnuda, sin encontrar ni un poco de calor... Lloraba silenciosamente y su rostro avejentado por la enfermedad me daba tanta pena!

Tomé sus manos flacas entre las mías y traté de consolarla.

Cállese usted, Pilar.

—Me parece injusta. Y sus tíos?

—Usted es la que debe callarse, me gritó, no blasfeme. Indíquele á un sediento un cauce seco para que apague su sed, ó al caminante fatigado un árbol sin follaje para que se libre de los ardores del sol, y habrá hecho lo que ahora conmigo. Mis tíos! Un grupo de viejos que si supieron de cariño fue hace años, cuando eran muy jóvenes. Ahora no son sino el cauce seco, el árbol sin follaje, y yo el sediento, el caminante!